

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/43192632>

Consideraciones en torno al delito de agresión sexual en la Edad Media

Article · January 2008

Source: OAI

CITATIONS

4

READS

47

1 author:



[Ricardo Cordoba](#)

University of Cordoba (Spain)

39 PUBLICATIONS 142 CITATIONS

SEE PROFILE

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Polyphenols in Art: Chemistry and Biology Hand in Hand with Conservation of Cultural Heritage [View project](#)

Consideraciones en torno al delito de agresión sexual en la Edad Media

(Considérations autour du délit d'agression sexuelle dans le Moyen Âge

Considerations around the crime of sexual aggression in the Middle Ages

Erdi Aroan eraso sexuala delituaren inguruko kontsideroak)

Ricardo CÓRDOBA DE LA LLAVE

Universidad de Córdoba

Clío & Crimen, nº 5 (2008), pp. 187-202

Artículo recibido: 21-VII-2008

Artículo aceptado: 12-VIII-2008

Resumen: Este trabajo está dedicado al estudio de la violación en la sociedad hispana bajomedieval, principalmente desde el punto de vista sociológico. Se examina la historiografía y fuentes sobre este tema en época medieval, las causas del crimen, los grupos sociales de víctimas y delincuentes, los principales rasgos del crimen (métodos utilizados, geografía del crimen), las modalidades de denuncia y las consecuencias de este delito tanto para las mujeres violadas como para los violadores.

Palabras clave: Violación, Crimen, Violencia, Justicia, Mujer.

Résumé: Ce travail est dédié à l'étude de la violation dans la société hispanique du bas moyen âge, principalement du point de vue sociologique. Sont examinés l'historiographie et les sources sur ce sujet dans l'époque médiévale, les raisons du crime, les groupes sociaux des victimes et délinquants, les plus importantes caractéristiques du crime (méthodes utilisées, géographie du crime), les modalités de rapport et les conséquences de ce délit si pour les femmes violées comme pour les violeurs.

Mots clés: Violation, Crime, Violence, Justice, Femme.

Abstract: This work lies with the study of Rape in latemedieval hispanic society, mainly from the sociological point of view. It studies the historiography and sources for this subject in medieval times, reasons of crime, social groups of victims and criminals, main patterns of crime (methods used, crime geography), modalities of report and the consequences of this fault so for raped women as rapist men.

Key words: Rape, Crime, Violence, Justice, Woman.

Laburpena: Lan honetan Espainiako Behe Erdi Aroko gizarteko bortxakeria aztertzen da, ikuspuntu soziologikotik batez ere. Garai hartako historiografia eta gaiari buruzko iturriak aztertu dira, krimenaren arrazoiak, biktima eta delinkuenteen gizarretaldeak, krimenaren ezaugarri nagusiak (metodoak, geografia), salatze moduak eta delituaren ondorioak, bai emakume bortxatuentzat bai bortxatzaileentzat.

Giltza-hitzak: Bortxaketa, Krimena, Indarkeria, Justizia, Emakumea.

En 1994 el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba editaba mi estudio sobre *El instinto diabólico. Agresiones sexuales en la Castilla medieval*. A pesar del tiempo transcurrido desde entonces, y de la publicación posterior de magníficos estudios sobre la violencia y el crimen en la Edad Media hispana, en general¹, y sobre el delito de violación en época medieval y moderna, en particular², las conclusiones obtenidas entonces en relación con los rasgos generales que este crimen presentaba entre los siglos XIV y XVI resultan todavía hoy plenamente válidas. Es por ello que este trabajo va a estar dedicado más bien a realizar una pequeña reflexión sobre el tema de la violación, y fundamentalmente desde el punto de vista sociológico, que a exponer de forma sistemática los rasgos y circunstancias que acompañaron a este delito, pues dichas circunstancias ya han sido analizadas sobradamente en la amplia y espléndida bibliografía existente sobre el particular.

Seguramente la primera idea que debemos destacar en relación con el estudio sobre la violación y, en general, sobre el crimen en cualquier período histórico –idea que ya destacaba en aquél estudio y en otro posterior consagrado al homicidio en la Andalucía bajomedieval, y que como antes indicaba antes sigue manteniendo su plena vigencia–, es la del interés que el análisis de los elementos y rasgos característicos de la criminalidad posee para profundizar en el conocimiento de la sociedad de una época y una región determinadas. En efecto, aunque muchos de los casos que pueden estudiarse en relación con las violaciones u homicidios se presentan ante el historiador con un claro componente de morbo, como si de un tabloide de sucesos o de una suerte de *reality show* histórico se tratara, el valor de esos relatos va mucho más allá de las noticias curiosas, divertidas, trágicas o morbosas que aparecen en ellos reflejadas. Porque conocer el comportamiento de víctimas y agresores ante el crimen, la intervención de las justicias en la persecución del delito y el apresamiento del agresor, la aplicación de la legislación jurídica coetánea por parte de los jueces o las consecuencias que para sus diferentes protagonistas tuvieron estos hechos, nos proporciona un nítido reflejo de mentalidades, costumbres y relaciones sociales de los hombres y mujeres de la Edad Media; nos permite conocer rasgos sustanciales de las relaciones familiares, vecinales y sociales, o del funcionamiento de las instituciones y oficiales de justicia, de las actitudes y creencias de la sociedad. Por eso puede afirmarse, sin caer en ningún tipo de exageración, que el tema de la criminalidad es un tema polisémico, que presenta suficiente número de aristas, facetas, vertientes y planos de interés, como para atraer al historiador, al sociólogo o al jurista, y concitar igualmente la atención de profesionales y aficionados a la Historia, que pueden sentir así la cercanía de las sociedades del pasado.

Tanto es así que, en realidad, los primeros estudios que se han realizado sobre historia del crimen en Europa y en España vinieron precisamente de la mano de espe-

¹ Por citar sólo los más relevantes, BAZÁN, I.: *Delincuencia y criminalidad en el País Vasco en la transición de la Edad Media a la Moderna*, Vitoria, 1995; MENDOZA, J. M.: *Delincuencia y represión en la Castilla bajomedieval*, Granada, 1999; SEGURA URRÁ, F.: *Fazer Justicia. Fuero, poder público y delito en Navarra (siglos XIII-XIV)*, Pamplona, 2005.

² RODRÍGUEZ ORTIZ, V.: *Historia de la violación: su regulación jurídica hasta fines de la Edad Media*, Madrid, 1997; BARAHONA, R.: *Sex Crimes, Honour and the Law in Early Modern Spain*. Vizcaya, 1528-1735, Chicago, 2003.

cialistas en historia del Derecho que, desde planteamientos legales, han abordado el carácter de la legislación histórica sobre estas materias y sus modalidades de aplicación. En la Península Ibérica, son sobradamente conocidos los estudios de juristas como Francisco Tomás y Valiente y M^a Paz Alonso sobre la regulación jurídica del crimen en época moderna, y ya hemos indicado que hace pocos años Victoria Rodríguez publicaba su interesante *Historia de la violación* desde esta misma vertiente³. Sin embargo, la aparición de nuevas corrientes historiográficas, unida a la poderosa influencia que para el desarrollo de la historia social ha ejercido la Escuela de los *Annales* en la segunda mitad del siglo XX, ha determinado que hayan sido justamente los especialistas en el estudio de la sociedad medieval quienes han abordado de manera más directa y sistemática el estudio de la criminalidad en la sociedad medieval durante las últimas décadas, dando lugar a magníficas obras como las de John Marshall Carter y Barbara Hanwalt sobre crimen y violación en la Inglaterra medieval, la de Claude Gauvard sobre la criminalidad en Francia bajomedieval, la de Jacques Chiffolleau centrada en el Avignon del siglo XIV, los estudios sobre sexualidad y delincuencia en la Venecia bajomedieval de Guido Ruggiero⁴. A ellas se han unido magníficas contribuciones de medievalistas hispanos, como las ya citadas de Iñaki Bazán, Juan Miguel Mendoza y Félix Segura, y las no menos destacadas de Rafael Narbona, Flocel Sabaté o Fernando Lojo en áreas concretas de Valencia, Cataluña y Galicia⁵.

Cabe incluso destacar, en un tema como este, la coincidencia básica que existe entre los rasgos del crimen en época bajomedieval y durante la época moderna, es decir, entre los siglos XVI y XVIII. Esta coincidencia permite recurrir al empleo de la bibliografía centrada en siglos posteriores, pero igualmente valiosa para el estudio de la violación en época medieval, sus causas y consecuencias, centrada en territorios tanto europeos como hispanos. Destacan en este ámbito, además de la obra ya citada de Renato Barahona, los trabajos de Georges Vigarello sobre la violación en la Francia moderna, de François Giraud sobre violación en la Nueva España del siglo XVIII, el de carácter más general de Philippe Henry centrado en la región de Neuchâtel; así como los de Tomás Mantecón y M^a Luisa Candau sobre crímenes sexuales, violaciones y relaciones sexuales ilícitas en la España moderna⁶. Pues, en

³ TOMÁS Y VALIENTE, F.: *El Derecho Penal de la Monarquía absoluta, siglos XVI-XVII-XVIII*, Madrid, 1969; ALONSO, M. P.: *El proceso penal en Castilla, siglos XV-XVIII*, Salamanca, 1982.

⁴ CARTER, J. M.: *Rape in Medieval England. An Historical and Sociological Survey*, Londres, 1985; HANAWALT, B.: *Crime and Conflict in English Communities 1300-1348*, Cambridge (MA), 1979; GAUWARD, C.: *De grace special. Crime, état et société en France à la fin du moyen âge*, Paris, 1992; CHIFFOLLEAU, J.: *Les Justices du Pape. Delinquance et criminalité dans le région d'Avignon au XIV^e siècle*, Paris, 1984; RUGGIERO, G.: *Patrizi e malfattori. La violenza a Venezia nel primo Rinascimento*, Bolonia, 1982; RUGGIERO, G.: *The Boundaries of Eros. Sex Crime and Sexuality in Renaissance Venice*, Oxford, 1985.

⁵ NARBONA VIZCAÍNO, R.: *Pueblo, Poder y Sexo. Valencia medieval (1306-1420)*, Valencia, 1992; SABATE, F.: «Femmes et violence dans la Catalogne du XIV^e siècle», *Annales du Midi*, n° 106 (1994), pp. 277-316; LOJO, F.: *A violencia na Galicia do século XV*, Santiago, 1991.

⁶ VIGARELLO, G.: *Historia de la violación, siglos XVI-XX*, Madrid, 1999; GIRAUD, F.: «Viol et société coloniale: le cas de la Nouvelle-Espagne au XVIII^e siècle», *Annales E.S.C.*, n° 41 (1986), pp. 3-24; HENRY, Ph., *Crime, Justice et Société dans la Principauté de Neuchâtel au XVIII^e siècle (1707-1806)*, Neuchâtel, 1984; MANTECON MOVELLAN, T.: «Mujeres forzadas y abusos deshonestos en la Castilla moderna», *Manuscrits*, n° 20 (2002), pp. 157-185; CANDAU, M. L.: *Los delitos y las penas en el mundo eclesiástico sevillano del XVIII*, Sevilla, 1993.

efecto, se trata de un tema que ha sido tratado tanto por especialistas en historia del crimen como desde la óptica de estudio de las relaciones sexuales y de pareja, de los amores ilícitos y de la convivencia extramarital.

Otra de las cuestiones previas que los investigadores suelen tratar al enfrentarse con este delito, es la diferente nomenclatura que recibe respecto a la utilizada en nuestros días. En época medieval y moderna los documentos nunca emplearon el término violación para referirse a la agresión sexual, sino los de «*conocer carnalmente*», «*dormir*» con una mujer, «*echarse carnalmente*» con ella, etc. Todas ellas son expresiones que vienen acompañadas por los términos «*por fuerza*» o «*contra su voluntad*», indicativos de que el delito ha existido no por el mantenimiento de una relación sexual ilegítima, sino por haber sido ésta llevada a cabo contra la voluntad de la víctima y mediante el uso de la fuerza física o la amenaza. El uso de dicha fuerza es el primer elemento constitutivo de delito, mientras que el segundo consiste en que dicho acto ha ocasionado la pérdida de la virginidad de la agredida; en ese caso, y a él pertenece la mayor parte de las violaciones estudiadas, la documentación añade siempre que el agresor ha «*corrompido*» o ha «*habido*» la virginidad de la víctima, lo cual fue sin duda una circunstancia agravante, por cuanto a la fuerza se añadió la deshonra para la mujer y su grupo familiar. Estas cuestiones de vocabulario, que tuvieron gran importancia en los procesos judiciales y en la aplicación de las penas para los delitos medievales, han sido abordadas con gran acierto por autores como Juan Miguel Mendoza o Renato Barahona en sus respectivos estudios⁷.

Pero más allá de las expresiones y términos lingüísticos empleados para definir el delito de violación en este período se encuentra el problema de la credibilidad de las fuentes utilizadas para su estudio. Las fuentes de naturaleza jurídica, como los fueros municipales de las diversas villas, los códigos y recopilaciones reales de justicia (Las Partidas, Fuero Real, Ordenanzas de Montalvo) y las propias ordenanzas municipales de las villas y ciudades medievales, en las escasas ocasiones en que se ocupan de estos temas, incluyen disposiciones sobre cuyo cumplimiento tenemos justificadas dudas. Por ejemplo, todos estos *corpus* legislativos contemplan la imposición de penas de notable gravedad, en particular la pena de muerte, para los acusados de haber cometido una violación, pero en realidad dicha pena casi nunca fue aplicada en la realidad, puesto que los documentos evidencian que la pena capital rara vez se impuso a los violadores; y si esa prescripción no se cumplía, hay que dudar que se cumplieran las que hacen referencia a los procedimientos de demostración del delito, presentación de pruebas, comportamiento de las víctimas y otros pormenores, todo lo cual evidencia la distancia que separa la legislación teórica de la resolución práctica de los casos de justicia en época medieval y moderna.

Más grave aún es la información proporcionada por las actas de procesos judiciales (muy escasas para la Castilla medieval) o por aquéllos textos en que se mencionan las circunstancias relativas a la comisión del delito, donde suelen aparecer reflejadas declaraciones de las partes en litigio o de sus testigos. En diversos estudios anteriores he insistido en la escasa fiabilidad que dicha manifestaciones proporcionan,

⁷ MENDOZA GARRIDO, J. M.: *Delincuencia y represión en Castilla*, pp. 238-241; BARAHONA, R.: *Sex Crimes, Honour and the Law in Early Modern Spain*, pp. 15-28.

puesto que la información presentada, además de poco explícita, aparece muy sesgada en función de los intereses particulares de las diferentes partes declarantes: las víctimas y sus testigos intentando conferir mayor gravedad a los hechos a fin de conseguir la condena y consiguiente castigo para el agresor, los agresores y los suyos intentado restar importancia a dichos actos o justificarlos mediante diversas argumentaciones tendentes a restar gravedad a las circunstancias en que el delito había ocurrido. Pero esta información sesgada no procede del hecho de que las partes implicadas mientan en los procesos; sin duda, se puede entender que los hechos denunciados han existido y que han implicado a las partes en litigio. El problema es que la legislación de la época contempla, como la de nuestros días, circunstancias atenuantes de la gravedad del delito, incluso algunas eximentes, y otras agravantes, y que esas circunstancias venían dictadas por la propia legislación, no por el interés o la voluntad de las partes. Por tanto, los juristas y los implicados en los procesos judiciales tuvieron necesariamente que argumentar unas circunstancias muy determinadas para favorecer sus intereses: si la comisión del delito de noche, en lugar que supusiera indefensión para la víctima (despoblado, interior del hogar), con premeditación de la parte agresora o cometido en unión de otros cómplices, suponen factores que aumentan su gravedad a los ojos de los jueces y de la sociedad coetánea, está claro que serán siempre argumentados por los defensores de las víctimas declarando que han mediado en la comisión del delito; de la misma forma que resulta evidente que serán negados por la parte denunciada intentando utilizar los argumentos contrarios, es decir, que en los hechos no había mediado nocturnidad, indefensión, premeditación ni ayuda de terceros. Y aunque todo ello debió de ocurrir así debido a las exigencias del propio sistema legal, y no a la voluntad de los implicados de falsear los hechos, en cualquier caso tiene como resultado el anular en buena parte las conclusiones que se pueden alcanzar sobre los rasgos de este delito en la época, pues lo que nos transmite la documentación quizás sea más el resultado de la argumentación legal que de la realidad.

En cualquier caso, y también lo he repetido en otros trabajos, esto es lo que hay y con las cartas de esta baraja debemos jugar si pretendemos acercarnos al conocimiento del delito en la sociedad medieval y aceptar que esta limitación de la documentación escrita puede tamizar, pero nunca anular, su valor como fuente de investigación histórica sobre el crimen en época medieval. Pues sólo a través de ella podemos acercarnos a las características de la violación en dicho período histórico y tratar de desentrañar, en la medida de lo posible, las tendencias que lo caracterizaron.

Y para hacerlo podemos comenzar reflexionando sobre las causas que pudieron conducir a los agresores a ejecutar su crimen, causas que son difíciles de conocer y de valorar porque, evidentemente, los documentos nada nos dicen acerca de estas razones, más allá de que los agresores actuaron movidos por ese «*instinto diabólico*» al que se imputan en la época multitud de malas acciones que se entiende fueron inspiradas por el Maligno. Victoria Rodríguez, al preguntarse sobre este mismo tema, se refiere a un conjunto de motivaciones que puede articularse fundamentalmente en torno a dos grandes modalidades. Por una parte, estarían los delitos cometidos en aras de la simple búsqueda del placer sexual o como una suerte de ejercicio de poder sobre la víctima; en este sentido, las violaciones pudieron ser ejecutadas en un momento de pasión sin intención previa o, por el contrario, pudieron ser cometidas

por un agresor tras mucho tiempo de andar detrás de una chica; como afirma Iñaki Bazán, a veces la violación fue el escalón último de una relación de acoso por parte del agresor. En otros casos, la motivación del delito pudo ser indirecta, es decir, que realmente no se buscara tanto el daño que podía infligir la propia violación como el que podían ocasionar sus consecuencias: perjudicar a la violada, ofender a su familia, forzar un matrimonio⁸. Si tuviéramos que juzgar a qué modalidad perteneció la mayor parte de las violaciones cometidas en época bajomedieval, posiblemente habría que hablar de la primera, que sigue siendo en nuestros días la más determinante para cometer el delito, pues rara vez al agresor le merece la pena arriesgar su vida y su libertad por motivos indirectos, de venganza u ofensa contra personas ajenas, aunque cercanas, a la propia víctima.

¿Y quiénes fueron esos agresores? Por lo que sabemos, resulta imposible establecer una tendencia nítida en la adscripción social de los violadores, pues aparece la implicación de sujetos pertenecientes tanto a las clases más elevadas como a las más bajas de la sociedad, y vinculados tanto al mundo rural como al mundo urbano. En el fondo, las conclusiones a que los investigadores han llegado sobre este tema dependen mucho de la tipología del fondo documental predominantemente utilizado. La amplia participación de hombres de clase alta en la violación ha sido destacada por Iñaki Bazán en el País Vasco –como la de los llamados «*parientes mayores*» pertenecientes a la oligarquía o sectores privilegiados urbanos de la época–, mientras que la de hombres de condición humilde es destacada por Juan Miguel Mendoza en el caso de Castilla La Mancha⁹; en ambos casos, la tipología de la documentación utilizada tiene mucho que ver con el protagonismo de los grupos sociales que en ella aparecen reflejados, pues al ser la base de la empleada por Mendoza los casos perseguidos por la Hermandad castellana, que envolvieron predominantemente a habitantes del mundo rural, suelen aparecer un mayor número de individuos de grupos sociales inferiores. Por nuestra parte, en el estudio que dedicábamos a la violación en la Castilla medieval destacaba el elevado número de violadores pertenecientes a clases medias urbanas, en particular oficiales y artesanos de las ciudades, lo cual es sin duda el resultado del carácter predominantemente urbano de la documentación conservada tanto en el Registro general del Sello como en los protocolos notariales de las ciudades andaluzas. Todo ello parece indicar que no existió una tendencia clara en este sentido, sino que se trata de un delito que, en realidad como la mayor parte de los documentados en la época (homicidios, agresiones, etc.), involucró a todo el tejido social de la época y se produjo tanto en ámbitos campesinos como urbanos.

Casi otro tanto podemos decir del conjunto de mujeres que fue víctima de una agresión sexual, puesto que también en dicho conjunto hallamos menciones relativas a distintos sectores sociales. Sin embargo, parece que en este caso sí que hay una mayor coincidencia en la documentación al destacar el protagonismo de ciertos grupos que podríamos calificar como «*de riesgo*» porque las mujeres pertenecientes a ellos

⁸ RODRÍGUEZ, V.: *Historia de la violación*, pp. 257–260; BAZÁN DÍAZ, I.: *Delincuencia y criminalidad en el País Vasco*, pp. 323–324.

⁹ BAZÁN DÍAZ, I.: *Delincuencia y criminalidad en el País Vasco*, pp. 319–321; MENDOZA GARRIDO, J. M.: *Delincuencia y represión en Castilla*, p. 249.

parecen haber sido objeto, con mayor facilidad o asiduidad que las vinculadas a otros ámbitos sociales, de una agresión sexual. Entre ellos sobresalen de manera particular las criadas, doncellas o mozas que se hallaban prestando sus servicios domésticos en las residencias de otros familiares o de familias de la oligarquía. Así lo ha destacado la mayor parte de los investigadores que se han acercado a este tema, tanto desde el punto de vista del estudio de la violación como del estudio del servicio doméstico bajomedieval. Rafael Narbona lo señalaba con rotundidad en el caso de Valencia, al afirmar que *«las denuncias señalan a las sirvientas domésticas procedentes del mundo rural, alejadas del hogar paterno, como víctimas por excelencia de la lubricidad de sus amos»*; y a la misma conclusión han llegado quienes han analizado el tema en los casos de Zaragoza, Sevilla, Castilla La Mancha, etc. Renato Barahona se atreve incluso a proporcionar una cifra porcentual que habla por sí sola, al indicar que el 30% de las víctimas de violación y estupro documentadas en la Vizcaya de los siglos XVI y XVII habrían sido chicas domésticas o mozas de servicio¹⁰.

En cualquier caso, más allá de la constatación del hecho interesa preguntarse sobre sus posibles causas y tratar de entender por qué estas chicas constituyeron un grupo especialmente proclive a sufrir este delito. La respuesta que los diversos investigadores han dado a esta pregunta gira fundamentalmente en torno a la falta de apoyo del grupo familiar que estas chicas experimentaron durante su trabajo, puesto que al hallarse fuera de su hogar, desprovistas de la tutela de padres y hermanos (es decir, de los varones *«protectores»* de la familia), y de la solidaridad vecinal presente en el barrio o aldea donde habitualmente habían residido, habrían sido no solo personas a las que asaltar con mayor facilidad y oportunidades, sino sobre todo víctimas cuya agresión habría tenido una menor repercusión. En palabras de Rossiaud, *«las mujeres humildes fueron víctimas más fáciles de las violaciones, pues su condición acorta las penas y las multas, no arrastra venganzas terribles y atempera la reprobación social»*¹¹.

Otra posible causa que favoreció la *«fragilidad»* de las mozas de servicio ante esta modalidad de agresión fue la realización de numerosas actividades laborales fuera del marco doméstico, puesto que con frecuencia las chicas tenían la obligación de acudir al mercado a por productos alimenticios, a las tabernas a por vino, debiendo andar por calles y zonas urbanas a veces problemáticas o donde podía surgir la oportunidad de cometer el delito para un violador. Investigadoras como M^a Carmen García Herrero y M^a Teresa López Beltrán, que han estudiado numerosos contratos de mozas de servicio, señalan cómo éstos suelen incluir entre sus cláusulas la de que las chicas no se vean obligadas a prestar servicios fuera del hogar; mientras que Iñaki Bazán destaca cómo estas mujeres, al contrario de lo que solía ocurrir con las de condición social más elevada, podían caminar por las calles con mayor libertad, en numerosas ocasiones no iban acompañadas por otras mujeres y solían, además, fre-

¹⁰ NARBONAVIZCAÍNO, R.: *Pueblo, Poder y Sexo*, p. 130; GARCÍA HERRERO, M. C.: *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, 1990, p. 67; CANDAU, M. L.: *Los delitos y las penas*, p. 307; MENDOZA GARRIDO, J. M.: *Delincuencia y represión en Castilla*, p. 248; BARAHONA, R.: *Sex Crimes, Honour and the Law*, p. 81.

¹¹ ROSSIAUD, J.: *La prostitución en el medievo*, Barcelona, 1986, p. 44.

cuentar lugares de mayor riesgo en ámbitos públicos –como calles, plazas y mercados– y privados¹².

Incluso se puede hablar de la dudosa fama pública y escasa consideración social de que gozaban las mujeres de condición humilde y que debilitaba su protección a nivel social. En este grupo se incluyen todas las mujeres que se hallaban en situación de marginación por motivos morales (prostitutas, mancebas) o económicos (pobres), pues gracias a las declaraciones conservadas en los procesos judiciales de la época es posible documentar cómo los abogados solían insistir en que su defendidas habían sido objeto de una violación, «*siendo su parte moza virgen y de buena fama*», evidenciando el valor que la preservación de la virginidad y la ordenada conducta moral otorgaban a la mujer medieval para hacer creíble que había sido objeto de violación y protegerla ante este delito¹³. De hecho, la conducta moral de la víctima reunía tal importancia que, en líneas generales (aunque hubo excepciones), la legislación de la época, tanto a nivel municipal (fueros y ordenanzas) como a nivel de la Corona, no consideró objeto de castigo la violación llevada a cabo sobre una prostituta o, cuando menos, no la consideró motivo suficiente para condenar a muerte al violador, como evidencian las ordenanzas de la hermandad de villas vizcaínas en 1479 al indicar que la pena de muerte no debía ser aplicada si la violada era una prostituta¹⁴.

Pero no sólo la conducta moral, la falta de protección familiar, la frecuentación de lugares peligrosos o la situación de indefensión de las chicas favorecían la posibilidad de una violación, sino la presencia de una tara física o psíquica. En este sentido, es llamativo que se documenten violaciones llevadas a cabo sobre mujeres que, por razón de sufrir alguna minusvalía (síndrome Dawn, sordomudas, ciegas), ni supieron ni pudieron defenderse ni, sobre todo, fueron capaces de identificar y denunciar a su violador; y en particular se documentan violaciones de chicas mudas, que no pueden gritar en el momento en que son agredidas, que no pueden testificar más que de forma indirecta llegado el momento de exponer los hechos ante la justicia, que vieron en suma cómo a la fragilidad derivada de su condición de minusválidas vino a sumarse la ocasionada por el abuso sexual. En Ecija (Sevilla) en 1491, en Santisteban del Puerto (Jaén) en 1495, o en la villa onubense de Cártama en 1636, hallamos testimoniadas violaciones que tuvieron como protagonistas a chicas sordomudas¹⁵.

¹² GARCÍA HERRERO, M. C.: *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, pp. 67-70; LÓPEZ BELTRÁN, M. T.: «La accesibilidad de la mujer al mundo laboral: el servicio doméstico en Málaga a finales de la Edad Media», *Estudios históricos y literarios sobre la mujer medieval*, Málaga, 1990, p. 132; BAZÁN DÍAZ, I.: *Delincuencia y criminalidad en el País Vasco*, p. 317.

¹³ CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: «Marginación social y criminalización de las conductas en la sociedad hispana bajomedieval», *Medievalismo*, n° 13-14 (2004), pp. 193-322; LÓPEZ BELTRÁN, M. T.: *La prostitución en el Reino de Granada a finales de la Edad Media*, Málaga, 2003, p. 221.

¹⁴ BAZÁN DÍAZ, I.: *Delincuencia y criminalidad en el País Vasco*, p. 325; CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: *El instinto diabólico*, pp. 25-26.

¹⁵ MANTECÓN MOVELLÁN, T.: «Las fragilidades femeninas en la Castilla moderna», *Mujer, marginación y violencia entre la Edad Media y los tiempos modernos*, Córdoba, 2006, p. 287; CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: *El instinto diabólico*, p. 30.

Por lo que se refiere a las oportunidades y métodos con que los violadores llevaron a cabo su acción delictiva, hay que decir que en todos los estudios realizados destacan dos ámbitos geográficos como lugares donde con mayor frecuencia las violaciones fueron cometidas: el interior del hogar en el mundo urbano, en particular cámaras o dormitorios de las víctimas; y los caminos o lugares despoblados en el mundo rural. Si se piensa bien, los dos ámbitos resultan igualmente lógicos: el hogar en el marco espacial urbano tiene la ventaja de constituir un espacio aislado, sin testigos, sin molestias, sin posibilidad para la víctima de obtener defensa vecinal o pública; el camino despoblado en el mundo rural es semejante, la víctima no puede pedir ayuda, ni hay testigos, ni posibles auxilios, puesto que por más que grite nadie podrá escucharla. Ello explica que el primer escenario destaque en los estudios realizados a partir de documentos urbanos, mientras que el segundo lo haga en los llevados a cabo a través de una documentación más centrada en el mundo rural, como la que maneja Juan Miguel Mendoza, al proceder de la Hermandad de Castilla La Mancha; pero en cualquier caso ambos espacios se constituyen como los marcos de referencia para la comisión del delito y así aparece destacado en los estudios de Barbara Hanawalt y John Carter para Inglaterra, en los de Jacques Chiffolleau y Claude Gauvard para Francia, Guido Ruggiero en Venecia, Rafael Narbona en Valencia, Juan Miguel Mendoza en Castilla, Renato Barahona en Vizcaya y tantos otros, donde se destacan por igual los delitos ocurridos «*en yermo y despoblado*» y los perpetrados «*escalando y entrando en casa*»¹⁶.

En todo caso, creo necesario insistir en este término sobre la circunstancia que ya hemos apuntado al tratar el tema de las fuentes: tanto el interior del hogar urbano como el despoblado o yermo rural suponen un ámbito donde a la violación de domicilio –presente solo en el primer caso, como es lógico– se unen la indefensión de la víctima, la ausencia de testigos, la imposibilidad de ayuda o auxilio vecinal, y todos esos factores constituyeron un agravante de cualquier crimen en la legislación de la época. Por ello podemos dudar si el protagonismo alcanzado por ambos no será resultado de los argumentos legales utilizados por los demandantes para aumentar la gravedad del delito a ojos de los jueces y obtener la condena del delincuente.

En cuanto a los métodos o procedimientos usados por los agresores, hay que decir que apenas se documenta en la Península la violación colectiva, llevada a cabo por un grupo de hombres con ánimo de venganza u ofensa contra un grupo familiar, o sobre diversas mujeres al mismo tiempo; es siempre una violación individual, realizada por un sujeto concreto y contra una víctima también concreta y única. En ese sentido destaca el que esas violaciones fueran siempre cuestión de dos; si aparecen terceras personas, lo hacen bajo la forma de cómplices o encubridores del delito, por no actuar contra el agresor o callar lo que sabían del crimen, pero no como agresores que consumaran la relación sexual con la víctima.

¹⁶ HANAWALT, B.: *Crime and Conflict in English Communities 1300-1348*, Cambridge (MA), 1979, p. 107; CARTER, J. M.: *Rape in Medieval England*, p. 75; CHIFFOLEAU, J.: *Les Justices du Pape*, p. 141; RUGGIERO, G.: *Patrizi e malfattori. La violenza a Venezia nel primo Rinascimento*, Bologna, 1982, pp. 325-328; CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: *El instinto diabólico*, pp. 32-34; NARBONA, R.: *Pueblo, Poder y Sexo*, p.; MENDOZA, J. M.: *Delincuencia y represión*, p. 251; BARAHONA, R.: *Sex Crimes, Honour and the Law*, p. 69-72.

Su modo de proceder giró en torno a dos procedimientos principales que son los denominados en términos jurídicos estupro y violación. Cuando hablamos de estupro nos referimos a la utilización de métodos basados en el uso de falsas promesas, regalos, promesa de matrimonio y otras modalidades de seducción a fin de obtener el consentimiento de la víctima y forzarla a aceptar la relación sexual; en cambio, violar implica forzar a la mujer, emplear la fuerza física, lograr consumar la relación mediante amenazas, golpes, uso de armas o cualquier otro tipo de acción que suponga el uso de violencia física y amenaza verbal. Sin embargo, debemos indicar que ambos métodos y, por lo tanto, ambas tipologías delictivas se entremezclan con frecuencia en los casos expuestos por la documentación medieval; así lo evidencia Renato Barahona en su estudio sobre la criminalidad sexual en la Vizcaya moderna, en principio centrado en analizar el delito de estupro, pero que acaba siendo un estudio sobre la violación en el sentido de que las chicas denunciaron haber sido víctimas de la seducción, falsas promesas, regalos y lisonjas, al mismo tiempo que del uso de la fuerza y la coerción para someterse a una relación no deseada¹⁷.

Por lo que se refiere a los procedimientos de denuncia del delito una vez que éste se había consumado, y a la probanza del mismo ante las justicias, lo que ponen de manifiesto las fuentes legislativas y jurídicas de la Edad Media sigue de cerca muchos de los aspectos destacados por las noticias que aparecen de forma cotidiana en nuestros telediaris y periódicos. Quiero decir que existen numerosas circunstancias comunes entre el delito de violación acaecido en época medieval y moderna y el que se produce en la actualidad, sobre todo en lo que se refiere a la dificultad de denunciar los hechos (y por tanto al porcentaje de denuncias existente sobre el de casos reales), a la dificultad de probarlos y de hacerlos creíbles ante la justicia y a la de obtener una sentencia de culpabilidad para el agresor.

En primer término, se ha convertido en lugar común de los estudios realizados sobre este delito, tanto para la época medieval como para los siglos posteriores, destacar el alto grado de ocultación que el mismo presenta. Las víctimas rara vez denunciaban los hechos, a veces por vergüenza ante los ojos de sus propios familiares o de sus vecinos, en ocasiones por miedo a la venganza del agresor o a la de los miembros de su grupo familiar, en otras ocasiones por temor a las amenazas directas dirigidas por el violador a su víctima, a veces incluso por la promesa de matrimonio o de futuros regalos realizada por el violador, y en no pocas ocasiones por falta de confianza en la resolución del caso en los tribunales de justicia. En palabras de Félix Segura, «el delito de violación comparte una exigua presencia en la información judicial con una sólida y destacable formulación jurídica en el cuerpo normativo»¹⁸. Eso determina que cuando se han establecido porcentajes en la tipología de los delitos, el de violación siempre aparece restringido a números insignificantes: un 0.5% del total de los delitos acaecidos en la Navarra del siglo XIV, un 1.8% en Castilla La Mancha en el siglo XV, un 1.5% a nivel general de la Corona castellana durante los últimos años de la décimoquinta centuria, pequeñas oscilaciones que parecen responder sobre todo a

¹⁷ VIGARELLO, G.: *Historia de la violación*, Madrid, 1999, pp. 83-87; CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: *El instinto diabólico*, pp. 36-38.

¹⁸ SEGURA URRRA, F.: *Fazer Justicia*. Fuero, p. 368.

la diferente tipología de la documentación estudiada y que, en cualquier caso, evidencian la escasez de denuncias como uno de los rasgos más sobresalientes de la comisión del delito de violación¹⁹. Iñaki Bazán se planteaba incluso cuál podría haber sido el grado concreto de ocultación de la violación en época medieval y concluía, extrapolando conclusiones de J. Rossiaud para la Francia medieval, que éste podría situarse en torno al 75-80% en las ciudades hispanas, mientras que John Carter fija en torno al 90% ese grado de ocultación en las ciudades británicas de la Baja Edad Media²⁰. Creo que es difícil establecer en este terreno porcentajes numéricos fiables dada la imposibilidad de verificación que los mismos tienen, pero no cabe duda de que, sea algo superior o inferior a las cifras antes expresadas, el porcentaje de ocultación fue muy significativo y ha contribuido a limitar y a sesgar la información que los casos que conocemos pueden proporcionarnos.

Un segundo rasgo que conecta la violación de época medieval con la que se sigue produciendo en nuestros días es la prevención de las justicias ante el posible engaño de la parte ofendida, lo que conlleva la necesidad impuesta a la víctima de evidenciar de manera pública y nítida el hecho. Ya nos hemos referido a la necesidad de acreditar que se era «*moza virgen y de buena fama*», o sea, de mantener una ordenada conducta moral y sexual, para hacer creíble una denuncia por violación; pero además de ello, en tiempos medievales se elaboró toda una legislación sobre el modo de proceder que debían tener las mujeres que hubieran sufrido una agresión sexual para hacer creíble ante la justicia la comisión del delito y su falta de consentimiento a la relación. James Brundage ha estudiado la legislación eclesiástica sobre esta materia en la Europa medieval, y otros autores han hecho lo mismo con la legislación civil que, en buena parte inspirada por la anterior, se mostró igualmente exigente como han demostrado John Carter para el caso de Inglaterra (Estatutos de Westminster del siglo XIII), Guido Ruggiero para Venecia, o François Giraud para la Nueva España del siglo XVIII²¹. Este proceder venía dictado por la obligación impuesta a la víctima de proferir gritos claramente reconocibles, mesarse o tirarse de los cabellos, arañarse el rostro lamentando su suerte, mostrando su desesperación; por ello Juan Miguel Mendoza ha podido afirmar que la sangre, el dolor y las lágrimas, se presentaban con frecuencia como pruebas judiciales de la violación sufrida por una mujer en época medieval, al constituir para las justicias signos externos y evidentes del sufrimiento de la mujer ante el dolor ocasionado por la ofensa recibida y por la pérdida de su virginidad; y por ello resultan tan frecuentes en la documentación judicial de la época declaraciones como las realizadas por Catalina, hija de Juan de Camargo, cuando afirma que fue forzada pese a que «*ella daba voces y se quejaba y pedía favor*», o la de tantas víctimas como expresan haber gritado «*¡ayuda, que me fuerzan!*», haber dado grandes voces para ser oída por quien la pudiera ayudar a librar-

¹⁹ SEGURA URRRA, F.: *Fazer Justicia*, p. 368; MENDOZA GARRIDO, J. M.: *Delincuencia y represión*, p. 245; CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: *El instinto diabólico*, pp. 51-53.

²⁰ BAZÁN DÍAZ, I.: *Delincuencia y criminalidad*, p. 315; CARTER, J.: *Rape in Medieval England*, p. 94.

²¹ BRUNDAGE, J.: *Law, Sex and Christian Society in Medieval Europe*, Chicago, 1987; CARTER, J.: *Rape in Medieval England*, p. 96; RUGGIERO, G.: *Patrizi e malfattori*, p. 322; GIRAUD, F.: «Viol et société coloniale», p. 632; CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: *El instinto diabólico*, pp. 53-55.

se de su agresor o salir a la calle una vez consumada la violación denunciando el hecho a altas voces y pidiendo la ayuda de sus vecinos²².

Todo ello se hacía necesario en relación con la dificultad que entonces, como ahora, revestía probar ante la justicia la existencia de una violación, puesto que en muchos casos no había más pruebas de los hechos que la palabra de la víctima contra la del agresor²³. Y más en época medieval pues, como muy bien ha destacado Iñaki Bazán, al menos en nuestros días existen medios médicos de comprobación y técnicas forenses que permiten examinar lo sucedido a la luz de las evidencias dejadas por los protagonistas, pero en época medieval todo dependía de las declaraciones y fiabilidad de los testigos o del reconocimiento de parteras que pudieran ofrecer su opinión sobre la existencia de la violación y el momento y circunstancias en que se había producido. De ahí que fuera tan importante contar con las declaraciones de testigos y de ahí que, ya lo hemos visto, constituya un agravante el que el suceso ocurra en lugares donde no puede haberlos, como evidencia Magdalena de Urizar al denunciar a su agresor Pedro de Areta «*porque me hallé sola en mi casa y no tengo testigos*»²⁴.

Y además, y también hemos insistido ya sobre ello, había que probar ante la justicia la buena fama y conducta de la mujer violada, pues si ejercía la prostitución u observaba una conducta sexual incorrecta, la denuncia no tendría fundamento, sería desestimada diríamos hoy por falta de credibilidad de la demandante. De ahí la insistencia de los abogados y representantes de la parte ofendida en establecer el honor y reputación de la víctima y de su familia, y de los de la parte agresora de demostrar lo contrario, la vida deshonesto o conducta irregular de la violada. Renato Barahona ha llamado la atención sobre este tema mientras que Juan Miguel Mendoza cita un caso muy expresivo, el de Rodrigo Alonso, vecino de Madridejos, que fue absuelto de la acusación de haber violado a su criada Ana porque un testigo declaró que había visto varias veces a la chica hablando con su primo Alonso Pérez, y eso a pesar de que el testigo afirmó «*que no los vido besar ni hazer otra cosa ninguna más de hablar*»²⁵.

En cuanto a las consecuencias de la agresión, debemos separar las que tuvo para los agresores de las que tuvo para las víctimas. En el primer caso, la legislación medieval castigó usualmente con la pena capital la violación, en particular si la misma había sido realizada contra una menor de edad o contra una mujer casada de clase superior, porque tales extremos representaron otros tantos agravantes del delito; pero en la práctica las condenas impuestas rara vez alcanzaron la pena de muerte, sino que fueron conmutadas por penas de destierro, aplicación de penas corpo-

²² MENDOZA GARRIDO, J. M.: *Delincuencia y represión*, p. 241; BARAHONA, R.: *Sex Crimes, Honour and the Law*, p. 65; CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: *El instinto diabólico*, pp. 56-58; GARCÍA HERRERO, M. C.: «¡Ayuda, vecinos!», *Un año en la Historia de Aragón*, 1492, Zaragoza, 1992, p. 172.

²³ RODRÍGUEZ, V.: *Historia de la violación*, pp. 377-392.

²⁴ BAZÁN DÍAZ, I.: *Delincuencia y criminalidad en el País Vasco*, p. 316; MENDOZA GARRIDO, J. M.: *Delincuencia y represión en Castilla*, p. 242; BARAHONA, R.: *Sex Crimes, Honour and the Law*, p. 61.

²⁵ BARAHONA, R.: *Sex Crimes, Honour and the Law*, pp. 124-126; MENDOZA GARRIDO, J. M.: *Delincuencia y represión en Castilla*, p. 250.

rales o sanciones económicas. En todos los territorios europeos se documenta este mismo fenómeno, que lleva a Juan Miguel Mendoza a afirmar que en Castilla La Mancha todos los violadores eran condenados a pena de muerte, pero ninguna sentencia era aplicada²⁶. ¿Por qué se observa esta divergencia entre las disposiciones legislativas de época medieval y su aplicación? Quizá en parte porque, a la hora de la verdad, la sociedad medieval considerase desproporcionada la aplicación de la pena capital por un delito donde había mediado agresión física y moral, pero no homicidio; quizá en parte porque, como hemos visto, resultaba difícil convencer a la justicia de que la violación había existido, sin sombra de duda, y de que la misma no obedecía a motivos espurios; y probablemente también porque existieron en la época suficientes mecanismos judiciales para conseguir la conmutación de la pena o incluso su remisión por servicios prestados a la Corona, acogimiento a privilegios de homiciario y, sobre todo, obtención del perdón de la parte ofendida (la propia víctima o su familia) como para garantizar que un delito de esta naturaleza no tuviera para el agresor las consecuencias en principio previstas por la ley²⁷.

Para las víctimas, las consecuencias más habituales derivadas de haber sufrido una violación resultan bien conocidas; la más evidente es que muchas de ellas sufrieron heridas, alguna la propia muerte, a consecuencia de la agresión sexual sufrida o de las situaciones vividas. En numerosos casos la documentación narra los daños sufridos por las víctimas en el transcurso de la agresión, al ser golpeadas, amenazadas, a veces apuñaladas por sus agresores; e incluso Tomás Mantecón nos ofrece el testimonio de un suceso ocurrido en la primavera del año 1649 en la villa leonesa de Manganesos, donde una vecina de la localidad, Lorenza Lozana, moría colgada de una viga en la habitación que ocupaba en casa de su amo Gabriel Temprano, probablemente como resultado del acoso que había sufrido por parte del mismo²⁸.

Muchas otras se vieron envueltas en situaciones de marginalidad y prostitución como evidencia el magnífico testimonio ofrecido por M^a Carmen García Herrero sobre el destino de la zaragozana Sancha de Bolea quien, tras haber sufrido una violación, declaraba en 1460 que «*estaba en punto de ir por los burdeles*» cuando su actual amante la tomó por manceba; la relación entre violación y prostitución ha sido puesta de manifiesto por numerosos autores que apuntan como uno de los destinos, no solo posibles, sino habituales de las chicas violadas²⁹. Aunque a decir verdad sorprende un poco que fuera éste un destino generalizado de las víctimas de violación dado que podemos pensar que la mayor parte de ellas se beneficiasen de una protección familiar que no tenía por qué desaparecer después de haber sufrido una agresión sexual.

²⁶ BAZÁN DÍAZ, I.: *Delincuencia y criminalidad en el País Vasco*, p. 326; MENDOZA GARRIDO, J. M.: *Delincuencia y represión en Castilla*, pp. 253-255.

²⁷ CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: *El instinto diabólico*, pp. 7 y ss.

²⁸ MANTECÓN MOVELLÁN, T.: «Mujeres forzadas y abusos deshonestos en la Castilla moderna», *Manuscripts*, n° 20 (2002), p. 165.

²⁹ CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: *El instinto diabólico*, pp. 48-49; LÓPEZ BELTRÁN, M. T.: *La prostitución en el Reino de Granada a finales de la Edad Media*, p. 215.

Otra consecuencia que debió de resultar muy usual fue la aparición de embarazos no deseados y el nacimiento de hijos que la mujer debía cuidar por sí misma o con la sola ayuda de su grupo familiar y para lo que muchas veces faltaba el apoyo económico del padre. Sabemos, por ejemplo, cómo Catalina Rodríguez, criada del mercader Andrés Sánchez de Balboa en 1657, tuvo un hijo y una hija tras ser forzada por él, mientras que Beatriz Barón y Jerónimo de Nevares, ambos vecinos de Madrid, tuvieron dos hijos como resultado de la violación que el segundo llevó a cabo sobre la primera³⁰. El nacimiento de esos hijos y su mantenimiento por parte de la madre, muchas veces muy joven y con una precariedad económica destacada, debió de suponer un grave problema para muchas de las mujeres violadas, de la misma forma que lo fue para muchas de las que habían mantenido una relación extraconyugal más tarde disuelta³¹.

En muchos casos se intentó hallar una solución mediante la obtención de justicia y la consecución de una condena para el violador; pero lo cierto es que se desconfiaba de esta solución debido al elevado coste de los procesos, su prolongación en el tiempo, la dificultad de probar el delito o de obtener la condena de un agresor de clase social elevada. Los diversos investigadores que han abordado este tema están de acuerdo en afirmar que la consideración del delito variaba tanto en función de la condición social de sus protagonistas que, en Navarra, el Fuero General castigaba con multa de homicidio la fuerza de infanzón a infanzona, con medio homicidio la de infanzón a villana y con horca la del villano a infanzona; mientras que es aun más claro el caso de miembros de minorías religiosas que atentaron contra cristianas, pues durante el siglo XIV se condenó a morir en la hoguera a dos moros y un judío por su intervención en violaciones, mientras que ya hemos visto que la aplicación de esta pena no fue habitual para miembros del grupo cristiano mayoritario³².

Por otra parte y dado que, además de lo difícil que resultaba, conseguir la condena y castigo del violador no reponía el honor de la ofendida ni mejoraba sustancialmente las condiciones de vida en que la misma quedaba, en muchas ocasiones la propia violada y sus familiares optaron por buscar una compensación económica mediante la que la parte ofendida otorgó el perdón al agresor a cambio de un dinero que normalmente se utilizó para compensar con un aumento de la dote la pérdida de valor de una chica no virgen en el mercado matrimonial. De hecho, las compensaciones económicas que en muchos casos se acordaron entre el agresor y su víctima estuvieron dirigidas fundamentalmente a aumentar las cuantías de las dotes y, de esa forma, a compensar la minusvaloración sufrida³³. Juan Miguel Mendoza ha

³⁰ LORENZO PINAR, F. J.: *Amores inciertos, amores frustrados. Conflictividad y transgresiones matrimoniales en Zamora en el siglo XVII*, Zamora, 1999, p. 81; MANTECÓN MOVELLÁN, T.: «Las fragilidades femeninas en la Castilla moderna», *Mujer, marginación y violencia entre la Edad Media y los tiempos modernos*, Córdoba, 2006, pp. 287-288.

³¹ CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: «A una mesa y una cama. Barraganía y amancebamiento a fines de la Edad Media», *Saber y vivir: Mujer, Antigüedad y Medioevo*, Málaga, 1996, pp. 127-153.

³² SEGURA URRÁ, F.: *Fazer Justicia*, pp. 368-369.

³³ GARCÍA HERRERO, M. C.: «Aunque ella fuese loqua», *Un año en la Historia de Aragón, 1492*, p. 61; CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: *El instinto diabólico*, pp. 47-48.

insistido sobre la cuantía de estos acuerdos por pérdida de virginidad y su finalidad de incrementar la dote, mientras que Jean Pierre Leguay afirma que esta compensación económica como solución del delito existió en toda Europa³⁴. En Castilla aparece perfectamente testimoniada, no solamente en relación con la agresión sexual, sino con otros muchos delitos como agresiones físicas y homicidios, y aunque en nuestros días estos acuerdos particulares nos puedan resultar un tanto sorprendentes, en época medieval fueron muy habituales pues garantizaban la recepción de una compensación sin afrontar los riesgos y los costes que todo proceso judicial representaba.

O bien ese pacto privado entre la parte agresora y la agredida condujo directamente al matrimonio entre la víctima y su agresor. Como las propias compensaciones económicas a que antes nos referíamos, también estos acuerdos que terminaron en boda nos pueden extrañar y hasta parecer censurable que un delito de este tipo concluyera con un acuerdo matrimonial; de hecho, ya en época medieval se desconfiaba de que esta costumbre diera lugar a fraudes (haciendo pasar por violaciones lo que no eran sino relaciones sexuales voluntarias para forzar un matrimonio), pero lo cierto es que fue vista como una solución aceptable por parte de la sociedad medieval. Flocel Sabaté documenta en Cataluña un 15% de violaciones que terminaron con el matrimonio entre víctima y agresor, mientras que en el resto de la Península, aunque no parece posible establecer porcentajes, este tipo de acuerdos aparecen con asiduidad³⁵. Y es que el matrimonio suponía, como la compensación económica, una especie de mal menor, que proporcionaba una salida al delito, garantizaba el mantenimiento de la mujer y de un posible hijo y alejaba a las partes de los siempre imprevisibles curso y resultado de los procesos judiciales.

En 1994 comenzaba el estudio sobre las violaciones en la Castilla medieval, citado en repetidas ocasiones a lo largo de este trabajo, con el lema obtenido de la obra de Lope de Vega *Arte nuevo de hacer comedias* que afirma «los casos de la honra son mejores porque mueven con fuerza a toda gente». Es lugar común y por todos aceptado que la honra y el honor tuvieron una importancia fundamental para los miembros de la sociedad medieval, que implicaron sus vidas y fortunas en la defensa de los valores que su posesión transmitía y en evitar las circunstancias que pudieran privarles de ellos. También lo es aceptar que los delitos sexuales, y en particular el de violación, representó uno de los más graves atentados que contra el honor, la honra y la buena fama de una mujer, de su marido o del grupo familiar al que ella pertenecía, se podían cometer. Y hemos visto que, en efecto, la documentación de la época nos ofrece diversos testimonios sobre los lamentos expresados por las mujeres violadas ante la pérdida de su honra. Y sin embargo, conviene llamar la atención, aunque no sea más que para evidenciar que al final no nos hallamos hoy tan lejos de la mentalidad de nuestros antepasados medievales, que el dinero o la boda con frecuencia compraron

³⁴ MENDOZA GARRIDO, J. M.: *Delincuencia y represión en Castilla*, pp. 244-245; LEGUAY, J. P.: «Un caso di violenza nel Medioevo: lo stupro di Margot Simmonet», *La violenza sessuale nella storia*, Bari, 1989, p. 20.

³⁵ SABATE, F., «Femmes et violence dans la Catalogne du XIV^e siècle», *Annales du Midi*, n° 106 (1994), p. 295; CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.: *El instinto diabólico*, pp. 44-46.

esa pérdida y repararon el honor ofendido y la honra desaparecida; viniendo con ello a evidenciar que, incluso en una sociedad de valores tan tradicionales como la medieval del Occidente europeo, la búsqueda de una solución práctica y rápida (y económica) se impuso en muchos casos a estimaciones de carácter ético y moral.